

HACIA UNA TEORÍA SOBRE DOS COHESIONES SIMBÓLICAS
NEGATIVAS EN EL ENSAYO CHILENO *

*TWO FORMS OF SYMBOLIC, NEGATIVE AND COLLECTIVE COHESIONS
PRESENT IN THE CHILEAN ESSAY. TOWARDS A THEORY*

Roberto Hozven
Pontificia Universidad Católica de Chile
rhozven@uc.cl

RESUMEN

Este estudio propone y desarrolla una praxis textual, conjuntamente con una teoría metatextual, para comprender y analizar dos formas colectivas de cohesión simbólica negativa presentes en el ensayo literario y cultural chileno desde 1925 a 2010. Los conceptos mayores de la praxis teórica –aquí desarrollados– son *ensayo*, *enunciación*, *negatividad* y *sujeto*. Las configuraciones ensayísticas que asumen estos conceptos, encarnados en formas enunciativas y figuraciones textuales, revelarían los saberes tácitos que preestructuran las formas de nuestras prácticas sociales y culturales. Los dos modelos interpretativos propuestos para analizarlas son las *transformaciones narrativas* y los *matemas*.

PALABRAS CLAVE: Ensayo chileno contemporáneo, enunciación ensayística, negatividad ensayística, sujeto ensayístico, formas enunciativas y figuraciones textuales ensayísticas.

ABSTRACT

This work develops a textual praxis together with a metatextual theory. Its purpose is to understand and analyse two forms of negative, symbolic and national cohesions present in the contemporary Chilean essay (1925-2010). The main concepts of this theoretical praxis –which I explain here– are *essay*, *enunciation*, *negativity* and *subjectivity*. The essayistic configurations of these concepts, embodied in enunciative forms

* Publicación correspondiente a FONDECYT N° 1110403. Agradezco a mi colega Magda Sepúlveda su lectura del original y su contribución bibliográfica en el área de los imaginarios sociales.

and textual figures, would reveal the tacit knowing that prestructures our forms of cultural practice. I propose two models (narrative transformations and matemes) to analyze and interpret these essayistic configurations.

KEY WORDS: *Contemporary Chilean Essay, Essayistic Enunciation, Negative Enunciation, Essayistic Subject, Enunciative Formations and Essayistic Textual Figurations.*

Recibido: 29/3/2011 *Aceptado:* 15/8/2011

En el artículo teórico-metodológico que sigue, entramos a una teoría del sujeto como efecto de las historias de un decir (elaborada por Claude Lévi-Strauss y desarrollada por Jacques Lacan y su escuela) y elaboro un andamiaje de conceptos y procedimientos discursivos (ensayo, enunciación, negatividad, sujeto, figuración, entre los más importantes) para estudiar el ensayismo chileno. Por medio de esta teoría y andamiaje metodológico, circunscribo un conjunto de representaciones negativas que cohesionan comunidades de modo simbólico, tanto en una dimensión subjetiva ('imbunches') como objetiva ('majamamas'). Ambas dimensiones están presentes en la sociabilidad nacional y se expresan de las más variadas formas pragmáticas y discursivas en nuestro entorno cotidiano. Por pertinencia de método como por conocimiento del campo, restrinjo mi corpus analítico a algunos ensayos literarios y culturales que encarnan estas cohesionaciones simbólicas negativas presentes en nuestro imaginario colectivo. Como parte del corpus de referencia, aludo –aquí, más allá– a la profusión de manifestaciones discursivas (columnas de opinión, cartas a los medios, discursos de cotidianidad política, refranes, dichos, etc.) que intervienen los 'imbunchismos' y 'majamamas' que nos cuentan cotidianamente la sociabilidad chilena

Esta discusión es original y su objeto textual es teórico y metodológico. Responde a la pregunta: *¿cómo dar cuenta teórica y metodológicamente* (a través de un sistema de conceptos abstractos pertinentes con las premisas que orientan la reflexión) *de las cohesionaciones simbólicas negativas* (presentes en la sociabilidad colectiva) *tal como las escribe el ensayo literario y cultural chileno?* El objetivo de este estudio es doble, por una parte, identificar las estructuras discursivas que intervienen culturalmente (de modo histórico, ideológico, psicoanalítico o social) el texto ensayístico chileno y, por otra parte, analizar los procedimientos tropológicos¹ por los que el ensayo — como género retórico ficticio y factual — constituye sus sentidos dialectizando esas estructuras e interpelando a través de ellas al Estado. En este sentido, citando otra vez a Hayden White, el estudio que sigue es textual cuando analiza estructuras ensayísticas objetivas;

¹ Siguiendo a Hayden White, entiendo por tropología los artefactos verbales (constituidos a partir de la metáfora, metonimia, sinécdoque e ironía) que traducen estructuras de la conciencia; las que, en un nivel discursivo, prefiguran los procesos constituyentes de sentidos en nuestros discursos orales y escritos (*Metahistoria* 13-20; *Tropics* 1-2).

y metatextual cuando reflexiona y propone hipótesis teórico-metodológicas dialécticas para estudiar el ensayo literario y cultural chileno. Sabemos —después del “New Criticism” anglosajón, de la “nouvelle critique” francesa, de la antropología cultural y de la epistemología de la conciencia— que las grandes estructuras simbólicas que constituyen los lenguajes por los que intercambiamos signos, bienes y parentesco son, a la vez, *textos* (sistemas de signos a través de los cuales nos expresamos) y *metatextos* (sistemas de signos que reflexionan sobre las maneras por las cuales expresamos las significaciones que nos inscriben en la cultura). Recuerdo este truismo porque este artículo es un estudio crítico inicial —al que seguirán otros—, a la vez, sobre (A) los sistemas semióticos (*texto*) presentes en el ensayo literario y cultural chileno, y sobre (B) los procesos tropológicos (*metatexto*) que constituyen a los primeros como cohesiones simbólicas negativas.

Cuando digo desarrollo conceptual y pertinencia analítica, entiendo dos variables: por una parte, circunscribir *la propiedad del texto mismo de conocimiento propuesto* (los ‘imbunches’ y ‘majamamas’, como formas negativas de subjetividad y de objetividad en los ensayos literarios y culturales chilenos, años 1925-2009), *fundándolo en un horizonte teórico metatextual que dé cuenta de él*. ¿Cómo dar cuenta de las “deformaciones morales” (Edwards Bello *Mitópolis* 14), propias del ‘imbunche’ y de la ‘majamama’, como órganos de un cuerpo disperso que reencontramos por igual en el ensayo literario, el discurso cultural y la praxis cotidiana de nuestros paisanos? ¿Qué horizonte teórico puede aprehenderlo y cuáles serían los andamiajes conceptuales para dar cuenta de ellos? ¿Es el ensayo un género privilegiado para impugnar los imbunchamientos y majamamas en que somos expertos? ¿La noción de sujeto (forjada por los psicoanalistas e historiadores de la conciencia) da cuenta de sus diversas encarnaciones escritas; por ejemplo, de la *subjetividad oxímoron*, tal como la leemos en los ensayos de Luis Oyarzún o de Benjamín Subercaseaux? Sabemos que el ensayo actual es autorreflexivo (el de Roberto Bolaño, Jorge Edwards, Sonia Montecino o Adriana Valdés): ¿cómo inscribe al imbunchamiento y a las majamamas? ¿Cómo articula las relaciones entre sujeto, imbunche, ideología y escritura? ¿Se sustrae la autorreflexión ensayística al imbunche y a la ideología? ¿La autorreflexión ensayística resuelve “sin residuo” al decir imbunchado, o, queda entrampada en su viscosidad? ¿Cómo dar cuenta conceptualmente de estas disyuntivas ideológicas? Ideología e imbunchismo ¿lo mismo? Estas fueron algunas preguntas que están en el origen de este artículo; espero iniciar un comienzo de respuesta.

Por otra parte, cuando digo desarrollo, entiendo también *las interacciones transversales que estos conceptos adquieren entre sí dentro del campo en que operan*: niveles del intertexto de la disciplina, del sujeto, de la sociedad o de la ideología. La enunciación —sabemos— es un concepto esencial para identificar y estudiar en el lenguaje los niveles en que éste es asumido como un ejercicio por el individuo (Benveniste *La nature* 254). La enunciación estudia el funcionamiento de la lengua a través de un acto

individual de utilización (Benveniste *L'appareil* 80). Acto individual de utilización de la lengua que difiere del *habla*, en la medida que se refiere “al acto mismo de producir un enunciado, y no al texto del enunciado como tal” (la *parole* saussuriana *Ibid.*). Como asunción y conversión individual de la lengua, la enunciación converge con el *discurso*, con “todos los géneros donde alguien se dirige a alguien, enunciándose como locutor y organizando lo que dice en la categoría de persona” (Benveniste *La nature* 242). ¿Cuáles son las formas y relaciones que asume la enunciación dentro de los distintos géneros discursivos (escritos y orales), y qué desarrollos operatorios podrían ser aplicables al análisis de los textos literarios y culturales? ¿Qué instancias discursivas y campos culturales e ideológicos inéditos podría descubrirnos la proyección del análisis enunciativo a nuestra apropiación combinada de los textos de nuestra cotidianidad: medios y transmedios así como a los textos literarios de nuestras especialidades? ¿Cómo se ha complicado la enunciación, hoy en día? ¿Qué parámetros ordenan o desordenan su intervención en los sistemas semióticos y praxis sociales en que nos involucramos? Hay que aceptar que la enunciación es un concepto irritante: su misma universalidad disipa el reticulado subjetivo y textual, cada vez más fino, que su mismo análisis faculta. Se impone, hoy en día, un enfoque cada vez más interdisciplinario para discernir la especificidad de las matrices culturales e ideológicas correspondientes a cada instancia de discurso que entrama al sujeto. Matrices que son simultáneamente subjetivas (identifican actitudes subjetivas de cada instancia discursiva) y objetivas (los Aparatos Ideológicos de Estado orientan creencias internas). Después de Louis Althusser, Ernesto Laclau o Slavoj Žižek –sabemos–, la ideología *conforma objetivamente nuestra subjetividad* (¡arrodillándonos creemos!) y no sólo nos consuela de los antagonismos reales que fundan nuestra represión originaria.

¿Quién opera en la enunciación, en la *posición subjetiva desde la que se habla*? ¿Un sujeto unitario que se piensa a sí mismo como pensamiento y es dueño de las representaciones de sus percepciones? ¿O un sujeto desajustado de ellas, un sujeto atravesado por el flujo semiótico del mundo e incapaz de fijar su supuesta identidad unitaria? ¿Cuáles son los procedimientos conceptuales, disciplinarios e interdisciplinarios, por los que la enunciación “performa” el flujo de sus virtualidades orales, escriturarias y transmediales? Amplíe estas interrogantes para otros conceptos concurrentes, tales como negatividad o ideología.

En suma, propongo analizar el ensayo a través de su interacción entre dos niveles: textual y metatextual. Textual cuando *propone un objeto epistemológico inédito* (‘imbunches’ y ‘majamamas’ como formas negativas de subjetividad y de objetividad en el ensayo chileno). Metatextual cuando *reflexiona y desarrolla los instrumentos teóricos y los andamiajes conceptuales que dan cuenta de ese objeto*. Finalmente, actualizo mi praxis teórica con un ramillete de ejemplos textuales *ad hoc* espigados en ensayos chilenos actuales. Esto es un comienzo, digamos un comienzo textual a la vez que metatextual.

ANTECEDENTES

Desde la temprana reflexión de Alberto Blest Gana sobre nuestra idiosincrasia (el “desaliento endémico de nuestra raza, que siempre hace divisar en toda empresa la magnitud de los obstáculos i no los beneficios de la realización” (89)), a la rotunda afirmación de Carlos Franz sobre “nuestra fatal tendencia al imbunche” (“Esta inclinación a cortar las alas de lo que se eleva, derribar la grandeza, mutilar lo que sobresale, y enterrar lo que se asoma” (19)), los escritores chilenos vuelven sobre este nudo revolviéndolo desde hace siglo y medio. Se lo encuentra a poco andar en el trato con nuestros paisanos y con nosotros mismos: “lo único que [se] quiere es disminuir y disminuir para no tener miedo” (Pilar Donoso 388). Es el “canibalismo de la sociedad chilena” (Edwards Bello *Homo* 34, 41, 44), el “imbunchismo” (Donoso 1970), “La criolla tendencia a la autocrítica zahiriente, forma de destrucción envidiosa de nuestros logros para compensar nuestra impotencia.” (De la Parra 11).

El imbunche empequeñece lo que toca y apoca a quien habla de él: se define por sus efectos objetivos y subjetivos. Lo describiré por las figuras textuales que lo representan y lo asumiré por las formas enunciativas con que los ensayistas escriben sobre él, que son también las de todos los días. El imbunche nos afecta como una cohesión simbólica negativa que agrupa colectividades y encarna en imaginarios sociales *ad hoc*. Domingo Melfi llamó a estos imaginarios *majamama*: “Usos de la vieja política... gelatina de componendas, turbia y elástica, incolora, sin sentido, sin orientación; reparto de puestos, piadoso olvido de delincuentes, política” (25, 47). Efectos residuales de un despecho impugnador contra un orden mental que aprisiona socialmente; variantes de otras denigraciones: “arribista”, “medio pelo”, “siútico”, “aindiado”, “malacatoso”, etc.

¿Cómo piensa el ensayo literario y cultural chileno de hoy, desde 1925 adelante, esta sociabilidad “*imbunche*” de nuestro trato? ¿A través de qué formas enunciativas la asume y qué significan? ¿En qué figuras textuales *majamamas* encarna esta sociabilidad y qué sentido tienen sus representaciones, hoy, para nosotros? En fin, ¿por qué en el ensayo y no en otros géneros?

Para el análisis interpretativo de las formas enunciativas y de las figuraciones textuales, acudiré a las clasificaciones, métodos descriptivos y figuraciones concebidos, por una parte, por los ensayistas mismos (coterráneos e internacionales) y, por otra, por procedimientos de enunciación y de figuración reflexiva concebidos en la interdisciplina: lingüística de la enunciación, antropología simbólica, filosofía, psicoanálisis y sociología de la cultura, geografía urbana, historia de la conciencia, entre otros. Concluiré formulando una síntesis provisoria de los sentidos ensayísticos que expresan los imbunches y *majamamas*, entendidos como organizaciones lógicas que dan cuenta de propiedades de lo real. Para esto me serviré de dos modelos analítico-interpretativos que han orientado las disciplinas sociales y humanísticas: el de las

transformaciones narrativas (aplicado a relatos míticos, bíblicos, etnológicos, literarios y mediales— proveniente de la investigación lévi-straussiana) y el de los *matemas* o *cuatro discursos que estructuran los diferentes modos del lazo social entre los seres humanos* (proveniente del psicoanálisis lacaniano de la cultura).

ENTRADA EN MATERIA

Desde Alberto Blest Gana y los ensayistas del Centenario a Pilar Donoso, dos figuraciones literarias se reiteran en nuestro ensayismo: el “imbunche” y la “majamama”. Ambos derriban grandezas y —en palabras de Luis Oyarzún— engendran la “vacancia de la propia alma” ante “la percepción de las fuerzas, pero no de las formas ideales del mundo”; lo que nos hace sentir la sociedad y “la política como teatro o guerrilla, como actividad que vale por sí misma independientemente de toda aspiración y regulación moral” (*Temas* 150). O como prisión, cuando “significa no poder hablar de otra cosa que de política”. “¿Cómo librarse del paralizante ‘peso de la noche’” —anota José Donoso en transcripciones de su diario citadas por Pilar Donoso (2009)—, y continúa: “Nostalgia del barro” que se contrapone a la necesidad de adoptar una “inteligencia que nos enseñe a ver el brillo de las cosas” ayudándonos a superar nuestro hábito de “memorias trucadas” (Pilar Donoso 271, 278). Es decir, de memoria truncada, urdidora de ardidés para arribar a fines tramposos, explicables más por la magnitud del obstáculo que por el beneficio de su realización. Tan diferente de la “mise en valeur” —como la practican otras culturas, observa Jorge Edwards—, cuya actitud crítica valora antes el fenómeno en su positividad para, desde esta luz, impugnarlo después en sus negatividades. Muy contraria es nuestra “voluntad pública de destrucción que cree que se encumbra rebajando a los prójimos”; lo que explica el “pelambre”, el “apocar” y el “cultivo sistemático del fracaso” (Edwards Bello *Homo* loc. cit.). “La criolla tendencia a la autocrítica zahiriente, forma de destrucción envidiosa de nuestros logros para compensar nuestra impotencia.” (De la Parra *op. cit.* 11).

El “imbunche” y la “mamajama” son cohesiones simbólicas que agrupan colectividades y representan el trato social entre nosotros mismos dentro del “horroroso Chile” (Enrique Lihn). Cuentan con siglo y medio ininterrumpido de tropezones, a poco andar por la sociabilidad nacional. Trato que han relevado y discutido en sus ensayos Joaquín Edwards Bello, Gabriela Mistral, Domingo Melfi, Luis Oyarzún, José Donoso, Jorge Edwards, Marco Antonio de la Parra y Pilar Donoso, entre muchos otros. ¿Cuáles son las formas enunciativas y las figuraciones textuales con las que el ensayo literario y cultural chileno contemporáneo ha representado y reflexionado sobre esta negatividad en el trato (sociabilidad: *imbunchismo*) y en los imaginarios sociales (*majamama*)? ¿Y por qué estudiarlas en el ensayo y no en otros géneros?

Adelanto una respuesta sintética para la segunda pregunta: la interpelación del ensayo, primero, es fáctica y no ficticia (apela a hechos falsos o verdaderos); segundo,

es reflexiva a la vez que imaginativa (nos da palabras para entender nuestra falta de libertad e imagina categorías analíticas inéditas para pensar nuestra sociabilidad) y, tercero, también es una interpelación ficticia, poética: nos convence sin argumentar y, sin decirlo todo, dice todo lo que había que decir. Esto hace del ensayo un género crítico favorecido literariamente por el escritor chileno e hispanoamericano: impugna directamente a la sociedad y al Estado, crea una conciencia que desarma mentiras institucionalizadas y contribuye al bien público al conmovir su conciencia ciudadana. Con su brevedad, su lenguaje directo y su presentación de esta o de aquella actualidad, el ensayo crea opinión pública. El ensayo se presenta así como el género literario más adecuado para interpelar y reflexionar culturalmente sobre nuestras negatividades subjetivas (imbunchismo) y negatividades objetivas (majamamas).

Por cierto, el imbunchamiento trasciende el ensayo; existen novelas (*El obscuro pájaro de la noche*, 1970, de José Donoso y otras), poemas (*La pieza oscura*, 1963, de Enrique Lihn y otros) u obras de teatro (*Flores de papel*, 1970, de Egon Wolff y otras –me informa mi colega Cristián Opazo–) cuyo tema es el imbunchamiento subjetivo sobre un sustrato ‘majamama’. No podía ser de otro modo, considerando su omnipresencia social y subjetiva. Sin embargo, por las razones especificadas antes, este estudio se concentra en el ensayo; lo cual incluye crónicas, artículos o notas de actualidad, diarios de vida y otros géneros del Yo –como los llamó Leonidas Morales–, a condición de que buceen, con brevedad, en la seducción de lo extraño cotidiano. Criterio que excluye tratados, disertaciones y memorias: no puede haber un ensayo de mil páginas. Más adelante, cuando aborde el concepto de Ensayo, especificaré los rasgos semióticos que determinarán los textos ensayísticos que tengo en vista.

El periodo histórico considerado, 1925-2009, cubre desde los primeros “recados” de Gabriela Mistral, coincidentes con la pérdida de prestigio y poder de la oligarquía, paralelos a la consolidación de la clase media y mesocratización y modernización de Chile, hasta *Correr el tupido velo*, 2009, de Pilar Donoso, que coincide con el último año de gobierno de la Concertación por la Democracia (1990-2010). La otra veintena de ensayos cubren desde 1933 a 2008 pasando por tres revoluciones: la Revolución en Libertad (de Eduardo Frei Montalva, 1964), la Socialista “con empanadas y vino tinto” (de Salvador Allende 1970-1973) y la Neoliberal o Capitalista (de Augusto Pinochet 1973-1989).

Los imbunchamientos y majamamas, en cuanto cohesiones simbólicas negativas, intervienen subjetiva y objetivamente colectividades chilenas de orden social, familiar, hacendal, laboral, ideológico o imaginario. El ensayo las representa de modo contradictorio, por la tendencia del orden social a borrar las huellas traumáticas de su origen. Esto significa que el ensayo, en cuanto praxis literaria y cultural, lucha contra los imaginarios “naturalizadores” que olvidan los conflictos del origen (Althusser). Para recordar, vuelve a transitar las huellas del origen traumático, revive epidérmicamente las cohesiones históricas represivas buscando resolverlas en un plano imaginario y

simbólico. Una manera de acceder a los antagonismos y contradicciones implícitos en las cohesiones sociales es abordando al ensayo en cuanto formación enunciativa y figuración textual, tanto en el nivel de su praxis textual como de su — muchas veces — lúcida reflexión metatextual sobre ella (por ejemplo, los ensayos de Diamela Eltit, Nelly Richard o Adriana Valdés).

REFLEXIÓN Y PRAXIS METATEXTUAL

Propongo abordar el análisis textual de los ensayos acuñando cuatro epistemes y un principio operatorio. Estos conceptos teórico-metodológicos constituirán el marco para proceder a la descripción textual de los ensayos. A través de ellos, discutiré el objeto de conocimiento de los ensayos, sus disposiciones operatorias y sus términos analíticos.

La primera episteme teórica para proceder al análisis debe desglosar los implícitos de lo que entendemos por **ensayo**. La palabra refiere a un género literario, a una forma históricamente reconocida de comunicación. Sin embargo, hoy en día, después de las reflexiones sobre el ensayo “del lado de allá”² y “de acá”³, el “ensayo” conforma hoy una unidad cognoscitiva, una praxis discursiva que implica ciertas operaciones específicas. De todas las definiciones y reflexiones sobre el ensayo, me parece que el criterio tropológico sintetiza lo mejor de ambos mundos por su valor conceptual operativo. Esto implica considerar al ensayo como un discurso *que acuña y expresa textual e históricamente un tipo de conciencia específica*, distinta del tipo de conciencia implícita en la novela, en el cuento o en el poema. Según los autores citados, el tipo de conciencia del ensayo se caracterizaría por: (1) *constituir un discurso recesivo, inquisitivo*, que resiste las ideas del Yo tomando distancia ante él, (2) *entregarse al imaginario novelesco* como si fueran numerosas máscaras superpuestas, pero sin nadie detrás, (3) *desajustar la autoridad atribuida al discurso* desde el lugar que se cree ocupar en él, (4) *interrogar lo novelesco en tercera persona*, pero sin encarnarlo en ninguna criatura ficticia, y (5) *tomarse como una novela, pero sin nombres propios*. Estos rasgos, constitutivos del ensayo, serán el principio rector para seleccionar el corpus.

Primero: “discurso recesivo” (Roland Barthes, José Miguel Oviedo). La conciencia ensayística da un paso atrás ante sus mismas ideas; incluso cuando afirma, interroga lo que postula desde otra perspectiva. *Introduce una escisión en el circuito*

² Desde Montaigne y Bacon a las contemporáneas de Roland Barthes, pasando por las de Georg Lukács, José Ortega y Gasset y Theodor Adorno, entre las más relevantes.

³ Desde las de Alfonso Reyes, Jorge Luis Borges, Martín Cerda, Luiz Costa Lima, Roberto González Echevarría, Sylvia Molloy, José Miguel Oviedo, Octavio Paz, Beatriz Sarlo, Homi Bhabha, Martín S. Stabb o Hayden White.

enunciativo: el espacio donde *produce* su texto no es el mismo espacio desde donde lo *reconoce* interpretativamente. Desde Montaigne a Octavio Paz, el ensayo transforma los marcos conceptuales de nuestra comprensión habitual introduciendo en nuestra lectura un punto de vista distinto, inédito, con respecto a los clisés por los que habitualmente concebimos nuestra vida. Lo hace transmutando palabras, imágenes, sintaxis y campos semánticos con los cuales construye el escenario donde representa su teatro de lenguaje. Domingo Melfi escribe “raíz ancestral de fuga”, para enfatizar el antagonismo existencial y social siniestro vivido por el inquilino de la hacienda dentro de su rancho (39). El rancho es “raíz ancestral” cuando *produce* un inquilino arraigado en la hacienda por su trabajo, esposa, hijos y allegados; sin embargo, *reconocemos* la “fuga” del inquilino cuando el hacendado lo humilla incluyendo su familia bajo sus derechos de pernada (cf. Montecino, Salazar). El discurso del ensayo *recula* cuando yendo desde la “raíz” a la “fuga” nos hace ver la escisión y antagonismos implícitos en su referente.

Segundo: la conciencia ensayística se entrega al placer del fantasear novelesco, pero asume esas máscaras de modo autorreflexivo (Luiz Costa Lima, Martin S. Stabb). Se deja cautivar por ellas, pero *haciendo evidentes los saberes tácitos que preestructuran la forma de sus prácticas* (Hayden White). Creyendo en la verosimilitud de las máscaras sobre las que escribe, el ensayo, está consciente de la condición pausada de los signos que lo entraman. Así, el ensayo goza dos veces: creando los verosímiles en que cree y entramando los signos por los que los expresa. Goce mimético y semiótico al mismo tiempo, es decir, actividad *semiotrópica*. Palabra que combina dos étimos: “semio” = signo y “tropo” = giro, torsión del signo. “¿Dijo Ud. ‘degenerado’ o ‘desgeneralizado’?”. Detrás de la mimesis hay una construcción semiótica y no una persona, cualquiera sea ésta. De aquí, hoy en día, los límites fluidos entre ensayo y novela reflexiva. Por esta razón, el ensayo impugna la futilidad de adoptar posiciones a –o no– ideológicas en relación a las ideologías. Al mirar de reojo su propio accionar ideológico, el ensayo sabe que la manera de tomar distancia *relativa* de la omnipresente pregnancia ideológica es criticarla *en proceso*. Por esta complicidad con lo que dice, la conciencia ensayística sabe que no es un metalenguaje, que su mejor aspiración es la autorreflexión. No se puede estar de por vida *dentro del lenguaje*, viviéndolo como una facultad que expresaría nuestra intimidad pero sin comprometernos con el mundo objetivo; y, a la vez, *fuera de él*, dialogando con el mundo y manipulando sus bienes y servicios pero sin implicarnos subjetiva e ideológicamente. Leamos un pasaje de Diamela Eltit sobre la palabra “golpe” (*Emergencias* 2000), su autorreflexión despliega la gama de matices con que el 11 de septiembre 1973 impactó la ciudadanía chilena:

“Digo ‘golpe’ en los sentidos múltiples que esa palabra alcanza en el psiquismo de cada sujeto... digo golpe pensando en cicatriz o en hematoma o en fractura o en mutilación... corte entre un instante y otro, como sorpresa, como accidente,

como asalto, como dolor, como juego agresivo, como síntoma... territorio privilegiado y repetido de la infancia, cuya frecuencia ocurre bajo la forma de la caída o del ataque, es quizás la primera memoria, la primera práctica en la que se internaliza de manera carnal esa palabra cuando el cuerpo estalla materialmente como cuerpo o aparece en su diferencia con lo otro —el otro— ese precoz contrincante que se diagrama como cuerpo enemigo desde el golpe mismo.” (17-18)

La palabra ‘golpe’ es teatralizada, pone en escena el espacio-tiempo histórico del trauma ciudadano que significó su impacto corporal en el sujeto. La apuesta de la narradora es inscribir en la palabra ‘golpe’ las posiciones subjetivas experimentadas por el sujeto cuando testimoniaba o sufría el golpe de que se habla. Procura “presentar presencias en la palabra” (Louis Marin), homólogas a la “disposición afectiva” de la *Stimmung* heideggeriana (*Ser y tiempo*, §29): el objetivo es concretar del modo más abierto posible, antes de cualquier prejujuicio ideológico, las connotaciones del “golpe” tal como se produce afuera así como emerge del sujeto. La autorreflexión hace evidentes los saberes y situaciones tácitos y explícitos del traumatismo concomitantemente a la enunciación del enunciado “golpe”.

Tercero: el ensayo desajusta la autoridad atribuida al discurso, desde el lugar o conciencia que se cree ocupar con él (Beatriz Sarlo). El enfoque del ensayo es el de la mirada de Argos, el perro del infierno que —según Gracián— tenía *ojos en el ojo* para ver cómo mira. Desajustar implica cuestionar la autoridad atribuida al modelo que se escogió para escribir. Este desajuste es epistémico. Para compenetrarse de los presupuestos cognoscitivos e ideológicos que autorizan el lugar desde el cual se escribe (el *in situ* discursivo), habría que tomar distancia, alejarse hacia otros lugares (*ab situ*) que permitan ver e impugnar las razones de la autoridad atribuida al discurso (Hugo Achugar). El acto de alejarse (*ab situ*) del lugar donde se acostumbró a pensar (*in situ*) explora la negatividad reprimida, los antagonismos implícitos en la legitimidad, implícitos en los imaginarios por uno imaginados en el campo de la alteridad. El alejamiento hace surgir un tercer espacio, intermedio, oscilante, entre el discurso autorizado y el impugnador. Espacio ajeno que no es ni uno ni otro. Ante la “autoridad atribuida al discurso”, el ensayo replica experimentando otredades “al hilo”. En *Diferencias latinoamericanas* (1984), la conciencia ensayística de Jorge Guzmán escribe: lo “inquietante de la palabra ‘mestizaje’”, el “gusto amargo de la dependencia” ponen “en cuestión desde lo ‘natural’ que le parecía la belleza de las mujeres rubias hasta la candidez con que aplicaba esquemas importados a la comprensión de la realidad vernácula” (7). El golpe militar “le trastorna la relación con su propio mundo, lo que equivale a hacerle extraño su mundo, hacerlo a él extraño para sí mismo así como hacerle sospechosas las herramientas ideológicas, estéticas y epistemológicas que le fabricaron la ilusión en que vivía” (7-8). Este “trastorno” lo asoma “a la zona de oculta enunciación donde la gente mora” (Homi Bhabha 56). Desde este lugar antagonista (*ab situ*) al autorizado (*in situ*), la práctica intelectual impugna “el lugar [legitimado]

que se cree ocupar con el discurso”, el lugar autorizado desde donde el discurso fluye bajo la autoridad de una ley naturalizada (el *in situ*).

Cuarto: La conciencia ensayística *entromete* una tercera persona entre los dos protagonistas mayores del ensayo: entre el Yo que explora un tema y la mostración del tema explorado. La tercera persona surge de ese proceso exploratorio. Parafraseando a Roland Barthes: la conciencia ensayística *entromete* una tercera persona entre las ilusiones de su Yo y sus representaciones. Esta tercera persona ensayística interpela a su Yo como si éste ya estuviere habitado por un relato insidioso que perora pomposamente, que se ilusiona creyendo decirlo todo sobre el mundo. Por ello, el ensayo resulta del diálogo polémico entre un Yo que se apega a sus ilusiones y una tercera persona que se las cuestiona desde el proceso verbal por el cual se expresa. Ante los entresijos del Yo, la tercera voz ensayística asume la doble actitud del interrogador policíaco: amable pero irónica, cáustica pero todavía a la espera. Esta interrogación descubre una caterva de clisés en la intimidad del Yo, intrusos que no conocemos pero que se alojan desde siempre en nuestra intimidad. Un íntimo que a la vez nos es ajeno y que la tercera persona ensayística cuestiona sin temor a incurrir en cortocircuitos, es decir, sin temor a descubrirse involucrada por los clisés que desenmascara. En Chile, un íntimo ajeno desvalorizador es la *majamama*. “Usos de la vieja política” (definía Domingo Melfi) que originan, entre 1925 y 1931, la seguidilla de conspiraciones y pronunciamientos militares que rompen la república establecida. Esta *majamama* o “vitalismo ciego” (en términos de Luis Oyarzún), que traduce “la crisis y decadencia moral chilena”, estaría en la génesis de nuestra “mala memoria”. Velos que descubre Marco Antonio de la Parra al explorar el mayor quiebre del orden democrático chileno: el del 11 de septiembre de 1973. De la Parra explora “en abismo” las violaciones de los DDHH protagonizadas por el “ciego vitalismo” caudillista en su *La mala memoria*: “El Golpe Militar cayó como un rayo” en “los años locos de la Unidad Popular [1970-1973]” (43). Años de adhesión ferviente al socialismo, llave que liberaría a los hombres de la prisión capitalista y los llevaría hacia la utopía redentora. El golpe pinochetista fue una “suerte de violenta hospitalización psiquiátrica, con electroshocks y encierro y pieza oscura y aislamiento brutal” (44). De la Parra exorciza la *majamama* siniestra de estos años por desquite: exagera los colmos del imbunchismo con el propósito de que no lo repitamos, “nunca más”. Táctica kafkiana positiva, De la Parra apuesta a recordar hasta el horror, hasta sus náuseas, para “limpiar la chimenea”. Terapia psicoanalítica comunitaria para curarse nombrando el horror cotidiano vivido durante la dictadura, y así exorcizarlo. Cuando se ha vivido en el horror, hay que reinventar las condiciones de la propia vida. El mérito de este ensayo de De la Parra es que interpela con insistencia a un Ello hasta ese momento aludido sólo indirectamente por la sociedad chilena: la subjetividad social herida de la nación dañada por el período autoritario. Su rememoración intrusa, sirviéndose de la tercera persona entrometida del ensayo, cura la vida fragmentada por el dolor y permite renacer socialmente más allá del miedo.

Quinto: la intromisión de la tercera persona no se encarna “en ninguna criatura ficticia”: “el ensayo se confiesa *casi* una novela: una novela sin nombres propios” (Roland Barthes). ¿Por qué la intromisión del ensayo dentro del Yo y del mundo objetivado no encarna “en ninguna criatura ficticia”? ¿Y por qué la voz intrusa del ensayo no adhiere a un “nombre propio”?

La intromisión autorreflexiva de la voz ensayística, su tercera persona autointerrogante, no encarnan en persona ficticia alguna porque su fin es el ejercicio de su propio proceso inquisitivo, el vértigo de una experimentación continua sin ataduras a persona alguna. Encarnar la autoconciencia inquiridora en *una* persona ficticia clausuraría “*el ser mismo de lo posible*” realizado por la práctica intelectual de desajuste. Clausuraría el lugar de los sentidos entendido como el lugar de los posibles lógicos del texto (Claude Bremond 87-88). ¿Por qué la voz intrusa de esta tercera persona no adhiere a ningún nombre propio? Porque el ensayista, como el traductor Walter Benjamin, anhela la *lengua total*. Ésta no es la lengua adánica, perfecta, original, paradisíaca, sino la que está al acecho del vacío de todas las lenguas (Barthes). La lengua total crearía una armonía de sentidos asumiendo las diferencias entre las lenguas (Benjamin). La lengua total aspira a refractar en una lengua nueva las imposibilidades de la lengua-madre, acudiendo a los recursos enunciativos existentes en otras lenguas; por ejemplo: la voz media (griega) nos gratificaría de hablar *sólo* en voz activa o pasiva en castellano; anteponer o posponer la persona al verbo, en hebreo, nos diría si el sujeto se orienta hacia el pasado o el futuro; el hopi nos permite concebir la acción fracasada en el futuro usando un potencial negativo; el Chinook, lengua nativa norteamericana, indica con un morfema temporal si el pasado es mítico, reciente o indefinido. Todas estas prácticas lingüísticas prueban la vasta imaginación del lenguaje humano: articulan complejas relaciones del sujeto a la enunciación, nos hacen pensar en relaciones inauditas dentro de la lengua madre. La utopía de la lengua total insta al ensayista, y al traductor, a cumplir en su escritura el devenir de todas las lenguas (Benjamin), a estirar sus rúbricas obligatorias bajo el efecto de otras lógicas simbólicas de la realidad, lo que hace posible saberes insensatos. Por esta razón, la voz ensayista aspira a hacer del ensayo un discurso que lleve *al colmo* el sistema de *transformaciones narrativas* (elaborado por Claude Lévi-Strauss para los mitos y transpuesto por Julia Kristeva a la narración literaria). El anhelo de *lengua total* (Barthes, Benjamin) tensiona *la espiral* de las transformaciones narrativas haciéndola cambiar de eje, a la manera de *la elipse barroca* discutida por Severo Sarduy. El paradigma común de los tres modelos busca la estética de lo inaudito en lo inconcebible.

La segunda episteme teórica para proceder al análisis de los ensayos se concentra en la noción de **enunciación**: posición subjetiva desde las que se habla o escribe mediante un acto individual de producción y de reconocimiento interpretativo, cumplido en una instancia de habla. La *enunciación*, concepto elaborado por Emile Benveniste ([1956], [1959], [1967], [1969], [1970]), es útil para dar cuenta del acto de hablar (o

de escribir) como un proceso lingüístico que significa a un sujeto de modo subjetivo (en las formas discursivas por las que asume su subjetividad) y objetivo (en el discurso histórico por el que ideologiza la lengua). Todo acto de habla — toda enunciación — troquea un discurso subjetivo y una ideología social a través de un proceso lingüístico que significa al hablante de modo heterogéneo, multivalente y contradictorio (Kristeva). Después de examinar diversos estudios y comentarios críticos sobre el concepto de la enunciación en diversas disciplinas (por Giorgio Agamben, Homi Bhabha, Roland Barthes, Antoine Culioli, J. Kristeva, J. Lacan, Eliseo Verón, Slavoj Žižek, entre otros), retengo cuatro momentos teóricos para articular este análisis enunciativo sobre los ensayos chilenos.

Primero: *especificación del circuito de interlocución* en que se concreta la enunciación. Hablar o escribir implica asumir su discurso como miembro (incluido o excluido) de un grupo que asigna funciones, lugar y trascendencia (aunque ésta pueda ser nula) al acto de habla emitido. “Cuando digo ‘yo’ necesariamente hablo dentro de un circuito, el de la cadena del discurso de la cual formo parte. Yo soy uno de esos eslabones”. (Lacan *Le séminaire* (1978) 112). Decir el “terron natal”, por ejemplo, es el circuito de enunciación etnográfico en que se emplaza el ensayo de Benjamín Subercaseaux, *Chile o una loca geografía* (1940). “*El chileno... es un mero accidente transitorio en una historia que remonta a doce mil años.*” Pre-historia de la cual el chileno de hoy lo ignora todo, después que la Conquista cortó el cordón umbilical con esos 12.000 años. La enunciación de *Chile...* procura entender al chileno actual dialogando visual, amorosa e imaginativamente con el terruño chileno bajo el horizonte de esa aniquilación de doce mil años, continuada por nosotros, sus herederos.

Segundo: *identificación de la doble intención significativa* que involucra a cada locutor en su acto de habla (Culioli). Al apropiarse de la lengua y asumirse como yo, cada interlocutor ‘habla’ al mismo tiempo que ‘escucha’ su propio mensaje, interpretativamente, desde el interlocutor a quien dirige el acto de habla. Quien escribe también lee su propio mensaje desde el deseo del Otro a quien interpela. Es una instancia de *proyección autoidentificadora*: el sujeto descubre su *subjetividad* en el reflejo que recibe del Otro con quien forma un circuito. Al presentar a alguien como “mi esposa”, me descubro *ipso facto* como “marido”. “La tierra contiene nuestros ademanes y recibe nuestros gestos en la ordenación que le imponemos” — escribe Gabriela Mistral — porque “arrásenle al viñatero de mi valle de Elqui la viña que poda, que riega y vendimia, y se quedará como un demente...”. Se queda como un demente porque la viña labrada, vivida y soñada le ha forjado al viñatero otra viña en el espíritu, por la que sabe quién es. Este proceso reflexivo caracteriza la escritura mistraliana en verso o en prosa: el viñatero impone un gesto a la viña, luego ésta, madurada en tierra florida, se lo devuelve enriqueciéndolo. Por la viña, el campesino se reconoce *subjetivamente* como viñatero, y no otra cosa.

Tercero: *ubicación del rol en que cada receptor se pone* para contestar la enunciación del emisor (Bhabha). Ante un emisor profesoral, su eventual receptor puede asumirse como ‘alumno’, ‘discípulo’, ‘colega’, ‘concurrente’ o ‘superior’; es decir, desde dentro de la cadena de habla que forma con el emisor, el receptor responde pero adoptando un rol entre los muchos que se le ofrecen. Es una instancia de *réplica intersubjetiva*. El receptor escoge diferencialmente el papel que mejor le cuadra dentro del abanico de funciones microscópicas de habla interactuantes dentro de su campo social (Michel Foucault). El rol escogido resalta la *sociabilidad* del diálogo, explicita el tipo de conciencia por el que cada uno de los interlocutores se exterioriza ante y a través del otro: distancia del alumno, proximidad del discípulo, amistad del colega, autoridad del superior, entre otros. Esta “toma de conciencia” recíproca y escénica del rol cumplido ante el Otro es, a su vez, replicado o “cortocircuitado” por el interlocutor dentro de la interlocución. Dialogar es asumir este ping-pong de roles enunciativos, a la vez internos y externos a los sujetos. El ensayo chileno muestra un rol curioso. Jorge Edwards lo llama el “elogio ponzoñoso”: se reconoce el mérito ajeno, pero debidamente neutralizado, con una pesadez que el chileno prodiga “para quedar en paz con su conciencia inquisidora”, “no vaya a ser que se lo crea” (*El whisky* 9). Oscar Contardo escribe “burla endulzada”: “Cuevita”, por Jorge Cuevas Bartholin; “Mendocita” por el general de Carabineros César Mendoza Durán. Estos atenuativo[s] “transforma[n] al infortunado en menor de edad, y lo hace[n] con un disfraz de cariño que no permite respuesta ni enfrentamiento. Es como una cachetada acompañada de una sonrisa y un sobajeo del lomo” (178). El ensayismo chileno se regodea en esta hibridez negativa de la intersubjetividad enunciativa.

Cuarto, *representación del tiempo operativo*. Se trata del tiempo y modalidades empleados por el espíritu para procesar una acción verbal, los procedimientos discursivos por los que la enunciación refiere a su propio devenir (Gustave Guillaume). Son las fases por las que pasa el pensamiento para construir el tiempo discursivo. El tiempo operativo aspira a reflexionar y representar la experiencia humana del tiempo en términos de un proceso, y no ya de linealidad espacial (pasado – presente – futuro). Pensar el tiempo operativo como un proceso significa explorar la enunciación como una acción discursiva del “pensamiento en acción de lenguaje”. Desde este lugar enunciativo los ensayos de Diamela Eltit, Nelly Richard y Adriana Valdés desmontan los saberes institucionalizados ínsitos en el tiempo operativo por el que procesamos lo real. Lo hacen por un saber de montajes interdisciplinarios y cruces entre la estética, la cultura y la política (Richard). Sus líneas de fuerza heterológicas privilegian zonas residuales, sedimentaciones descartadas por la razón social. Sus miradas interpretativas “miran muy de cerca las obras mismas, lo concreto” contingente (Valdés): la risa impura de Pasolini (Eltit), un paisajismo que disfraza los apremios torturadores de Villa Grimaldi (Richard) o una fotografía de Jaar, tomada de espaldas, que no fija sino que contagia al otro con reposicionamientos (Valdés).

La tercera episteme teórica que enmarca el análisis del ensayismo chileno es la de **negatividad**, “forma negativa”. Citando a Hegel, José Ferrater Mora anota que la negatividad es un “elemento constitutivo de la realidad”, en cuanto “toda realidad es contradictoria consigo misma” y la “realidad sin negación no sería real”. Por consiguiente, “lo opuesto en una realidad es ‘interno’ a ella”; en suma, la negatividad constituye la objetividad, “hace posible el auto-movimiento” y “resalta especialmente en el sujeto” (59). En la dialéctica de Hegel –agrega Vlad Godzich–, la negatividad es el movimiento del concepto hacia su ‘otro’, luego un estadio necesario en el pasaje hacia la *Aufhebung*, la superación del concepto inicial. Sin embargo, los ensayos chilenos que me interesa investigar contradicen cualquier tipo de superación ideal, más bien se escriben desarrollando obstáculos reales y “corriendo tupidos velos” insospechados por la razón (imbunches y majamamas). Demuestran la imposibilidad de la búsqueda síntesis hegeliana, tanto en el nivel subjetivo de sus formas enunciativas como en el objetivo de sus figuraciones textuales. La enunciación ensayística es incapaz de dar cuenta plena de la realidad –es lo que leemos a través de la negatividad inscrita en el corpus de ensayos que pretendo investigar–. Su cohesión simbólica agrupadora de colectividades se complace en representaciones “que tratan de revelar el significado de los límites mismos” (González Echevarría 23), en la medida que “la literatura es el equivalente del pensamiento crítico en América Latina” (22). La realidad, siempre compleja en sus condiciones sociales y psíquicas, es demasiado contradictoria para ser abarcada por una razón identitaria que no haya sido ella misma atrapada e “imbunchada”, de vuelta, por la misma realidad contradictoria que pretende controlar. “[P]odría decirse que la cultura latinoamericana, como se perfila a través de su literatura, no es sino este simultáneo proceso de autoconstitución y desmantelamiento” (32). La literatura es “negación de sí que resulta muchos más intensa y dramática de lo que es en muchas otras partes del mundo.” (35). “[E]structura negativa de auto-anihilación” que es inherente al mismo género: “El ensayo, en contraste con una pieza teatral o un soneto, no tiene forma fija... tiene que hacerse pasar por otra cosa, contradictoriamente reconociendo, al mismo tiempo, que no es lo que aparenta ser” (39).

Una discusión filosófica mayor sobre el concepto de negatividad –sabemos– fue la realizada por Jean Hyppolite, Alexander Kojève, Slavoj Žižek y, sobre todo, Theodor Adorno en su *Dialéctica negativa* (1970). Esta discusión importa en esta investigación porque nos provee de conceptos analíticos y procedimientos de descripción textual para dar cuenta del imbunchamiento. “Dialéctica negativa” –para los autores citados– es el concepto que sirve para formular el principio cognitivo de no-identidad. El concepto y la realidad, a diferencia de la *Aufhebung* hegeliana, no se funden ni se encuentran en una síntesis ideal. El concepto y la realidad existen diferenciadamente; uno no es espejo de la otra. El concepto refiere a la realidad partiendo de su no-identidad con ella. Sinteticemos en tres principios:

Primero: la dialéctica negativa “va en contra del hechizo del principio de unidad”, principio insaciable que perpetúa antagonismos al reprimir lo contradictorio. El principio de identidad, al hacer uso de su “violencia igualatoria”, reproduce la contradicción que busca extirpar. Un caso de dialéctica negativa que no despega, es la impugnación iconoclasta de Hernán Valdés al “hechizo Pablo Neruda”: Valdés critica la carencia de “saludable ironía” y fascinación ante “bandas presidenciales” de Neruda (*Fantasma* 182). Hernán Loyola replica escribiendo “acerca de la envidia y sus alrededores” (2009).

Segundo, la dialéctica negativa “sustituye el principio de identidad por lo que escapa de él”, la multiplicidad de lo diverso que se opone o resiste la identidad, lo que se escapa al concepto porque su mismo mecanismo explicativo lo excluye. La dialéctica negativa restituye “la mediación en el mediador”; mediación que había sido olvidada, reprimida o desdeñada por la violenta ilusión igualadora del concepto identitario idealista. “Lectores muy prudentes podrían estimar un tanto negativa la visión de este libro... engendrado por la ira de vivir en un mundo enrarecido, pues uno es incapaz de insuflarle el aire que necesita... quise dar una salida a los problemas suscitados [sigue una lista “de las deficiencias del alma nacional”] y la clave de cada uno de ellos es secreto de las pesadumbres mías” —escribe Alfredo Lefebvre (9), asumiendo “la mediación en el mediador”.

Tercero, la dialéctica negativa “reflexiona sobre las contradicciones en la cosa” “reviviendo la energía coagulada en sus objetivaciones”. En suma: “piensa contra sí misma” buscando críticamente, “hacia atrás”, los “momentos deícticos” en que la contradicción traiciona las instancias no-identitarias del principio de identidad. Un gran deíctico, descoagulado por estos ensayos, son los imbunches y majamamas existentes en la sociabilidad chilena (cf. Melfi, Carlos Franz, José y Pilar Donoso). Estos tres pasos constituyen el marco teórico *no-identitario*, fundamento teórico-metodológico de la negatividad subjetiva y objetiva en el ensayismo literario y cultural chileno.

La cuarta episteme enmarcadora de nuestro ensayismo, y que se desprende del espacio conceptual delimitado por los conceptos anteriores, es la de **sujeto**.

Primero, el *sujeto* imbunchado, aquí investigado en el espacio discursivo de sus formas enunciativas y figuraciones textuales, no es el hombre/mujer mismo(a) en tanto fundamento de sus propios actos y pensamientos. No es el sujeto en cuanto maestro del conocimiento o de su conciencia. Como sabemos (por Adorno, Hyppolite, Kojève y Žižek), el concepto y la realidad (a diferencia de la *Aufhebung* hegeliana) no se constituyen en una síntesis ideal que se resuelva en un principio de identidad; tampoco lo logra la autoconciencia ensayística chilena con sus objetividades. Luego, el *sujeto* del ensayismo imbunchado hay que distinguirlo del individuo biológico —tal como lo vemos al frente nuestro— y del sujeto de la comprensión absoluta o “madura”, en cuanto protagonista de una supuesta conciencia unificada o idéntica —al que Lacan llama irónicamente “escotoma”: punto ciego del campo visual “que se toma a sí

mismo como conciencia” (*Le séminaire*: 1973, 71- 78)—. En suma, el *sujeto* —que se viene perfilando desde Freud en adelante— es el *sujeto del deseo*, tal como éste emerge del tejido del texto en que está enredado: araña en su tela y, a veces, también, mosca atrapada. “*Sujeto del deseo*” significa un sujeto que se constituye en su ser más íntimo *deseando el deseo del Otro*, en cuanto su deseo más profundo es *ser deseado*, sinónimo de ser reconocido por el Otro. Y este deseo, además, está encriptado: se manifiesta en las “formaciones del inconsciente”, o sea en sueños, síntomas, lapsus, actos fallidos y olvidos; formaciones todas que han experimentado una represión impuesta por la censura del orden social hegemónico. Esto hace de cada sujeto un sujeto no-idéntico a sí mismo y, por ello, no-todo. Sujeto cuya autoconciencia pende de una desgarrada paradoja: su deseo más íntimo y secreto, sus entresijos, están estructurados por el deseo de un otro externo a él, quien, por añadidura, está igualmente descentrado con respecto a su propio deseo. Un tuerto conduciendo a un ciego o, como reza un viejo refrán castellano, “Amor loco, yo por vos y vos por otro”. El sujeto no sabe lo *que* desea como tampoco *quién*, en él, desea. Quiasmos que se tornan emblemáticos en dos ensayos chilenos que plantean este nudo en dos circuitos de interlocución distintos.

En su *Diario íntimo* (1995), por medio de un discurso confesional autorreflexivo, Luis Oyarzún acuña la sujeto “madre madrastra” para figurar textualmente la sociabilidad nacional. Ésta es “madre” (Amor) cuando implica un “sentimiento de integración con el misterio”; pero es “madrastra” (Resentimiento) cuando “cada acto de la vida va en sentido contrario de una virtualidad del ser”. Es la oposición entre la “visión” y el “pecado”. En su *Correr el tupido velo* (2009), por medio de un diálogo intertextual con la correspondencia y apuntes póstumos del padre adoptivo (el novelista José Donoso), Pilar Donoso acuña la sujeto “hija pródiga” para figurar textualmente su relación con su padre, con la familia paterna y con el país. Allí donde Pilar Donoso busca perdonar lo imperdonable (un padre que la vio como personaje de su ficción); Oyarzún no perdona que la familia chilena haya convertido una represión civilizadora en agresión anticivilizadora, patológica, en suma, en creación de *imbunchados*. Pilar Donoso busca cancelar la disyunción, aunque sólo fuere con *una* línea sublime que libere de la cadena opresora, de los “problemas no [resueltos que] persisten ahí como una fuerza eréctica muy fuerte que anima lo que uno está diciendo. Lo que uno no controla... *The dark twin of a man*” (394) —citando a su padre—.

Segundo, para alcanzar a este “gemelo oscuro” no domesticado que opera en la huella de las formas enunciativas y figuraciones textuales reprimidas, hay que acceder a la lógica de engendramiento clandestino con que los significantes ensayísticos distorsionan el orden cotidiano. Esta distorsión localiza a los *sujetos* y *objetos* imbunchados en “*otra escena*”. Ésta es *individual*, en cuanto depende de la historia, léxico y habla particular de la intrahistoria de cada texto; y *transindividual*, en cuanto lo que produce a un sujeto textual es la *historia de un decir*, siempre “externo” a la existencia monádica del sujeto textual. “Historia de un decir” —especifica Roland

Chemama— refiere a “lo que estaba ya antes incluso de su nacimiento en el discurso de sus padres, lo que desde su nacimiento no deja de acompañarlo y de orientar su vida en un ‘tú eres eso’ sin escapatoria” (169). La historia del decir entiende al sujeto como *el efecto signifiante producido por el orden social que lo alumbró*. Este concepto de *sujeto* aprehende la personalidad, el carácter de un sujeto o texto por su sujeción a una forma, molde o discurso siempre externo a la existencia supuestamente monádica del individuo o del texto. “La oposición entre inconsciente ‘individual’ y ‘colectivo’ es ideológica, en cuanto el inconsciente del sujeto está siempre fundado en una relación transferencial con el Otro externo” (recuerda freudianamente Žižek (40)). Esta formulación del sujeto supera “la errónea oposición entre un psicoanálisis del sujeto y un psicoanálisis de lo colectivo” (reitera Marc Darmon (418)). Consciente de esta vinculación invisible, pero decisiva entre lo individual y lo colectivo, Norbert Lechner postuló el concepto de “dimensión subjetiva de la política”. Para entender “la conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado” durante la dictadura de Pinochet, habría que reflexionar “en torno a la *subjetividad social*”. Por ejemplo, el *miedo* como categoría vinculante del rol que cumplió (y cumple) “lo subjetivo en la política”: “los sentimientos no son un asunto encerrado en el ámbito personal”. De hecho, Lechner identifica un efecto antidemocrático de este miedo, socializado hoy en día por la dictadura en la subjetividad ciudadana chilena: la incredulidad en la política para discutir los problemas y la subjetividad vulnerada de la gente. “El gran desafío consiste... en construir una sociedad civil más heterogénea y polifónica... con diversas voces e instituciones, que escuche tanto al intelecto como a la pantalla, a la pelota de fútbol como al libro, a lo serio como a lo frívolo” (replica Bernardo Subercaseaux). Y concluye con una ironía (“*no vislumbro otra solución que los trasplantes*”), lo que yo escucho en la huella de su étimo, *trans-*: ir más allá de, proyectarse, atravesar la homogeneidad para ir de la pelota al libro. Otro vínculo entre lo individual y lo colectivo, testimoniado por el ensayismo imbunchado chileno, ocurre en la dimensión antropológica: la barraganía, el amancebamiento o el mestizaje étnico y cultural en Latinoamérica son socialmente encubiertos por nominaciones blanqueadoras y diversos cultos a la apariencia estructurados por el modelo mariano —escribe Sonia Montecino—.

Tercero, si consideramos estos ensayos como voces de una política social transindividual, es pertinente preguntarse por las dimensiones subjetivas (deseos, fantasmas, etc.) y objetivas (incredulidad política, marianismo, etc.) hechas posibles por las historias del decir. Éstas —los *matemas* de Lacan— encarnan cuatro formas mayores de lazos psicosociales, según sus significantes conformen al sujeto en cada uno de ellos: discurso del Amo, de la Universidad, del histérico y del psicoanalista. El *discurso Amo* domina, exige subordinación a la persona capaz de imprimirle un giro creativo a la tradición: Bolaño afirma que su escritura —“virus llegado del exterior”— cambia la literatura “donosiana” chilena. El *discurso Universitario* se toma por el Todo-Saber: no que sepa de todo, sino que él sustituye al todo en cuanto saber.

Si lo sabe todo es porque ha investido al saber absoluto como sujeto. Él es el saber y pontifica ignorando su propia causa: “Subercaseaux marca la entrada del pensamiento en la Literatura Chilena” –escribe Benjamín Subercaseaux–. El *discurso histérico* ansía saberlo todo porque se enuncia desde la impotencia del saber: “La historia que quiero contar es la de una hija en la búsqueda interminable por saber quiénes fueron sus padres... búsqueda de la identificación...y del inevitable conflicto que esto implica”. Y sus síntomas hacen lo que el sujeto desea pero no sabe: “Lía paquetitos para que no se le escurra la vida” (reflexiona Pilar Donoso (112)). El *discurso analítico* (o del psicoanalista), siempre capaz de darle al texto una lectura diferente de lo que significa, implica la desintegración de cualquier estándar normal de lectura. Este rasgo del discurso analítico lo hace postmoderno; ambos apuestan a “des-familiarizarnos” de los sentidos ya establecidos por los que leen el mundo cotidiano. Es la apuesta de casi todos los ensayistas que exploran y escriben (desde dentro) las formas del imbunchamiento y del “enmajamamiento”.

El quinto marco del análisis de nuestro ensayismo es un principio, no ya un concepto, y tiene que ver con los territorios que están **fuera del texto**. “Principio extra-textual” –lo llamaría–, en cuanto tiene que ver con los intertextos de los ensayos y el tipo de vinculación que explicita con sus afueras. En suma, *con el proceso histórico*, como lo entienden Salazar y Pinto: “Los procesos históricos –pensamos– son, en sí mismos, demasiado complejos como para exponerlos en imágenes definitivas (están constituidos por diversos planos de realidad, ritmos cruzados de tiempo, relaciones cambiantes y formas impuras de racionalidad). Y sobre ellos hay demasiadas perspectivas posibles desde donde mirarlos e interpretarlos... como para reducirlos a hechos cristalinos, juicios categóricos o panegíricos autocomplacientes” (7). Por esta razón, el ensayismo imbunchado chileno lo hemos vinculado con: (1) la *política cultural* (entendida como subjetividad social vinculante, según Lechner, y proyección polifónica por Bernardo Subercaseaux), (2) la *antropología cultural* (el marianismo predicado por Montecino), (3) la *transculturación*, entendida como un mestizaje no sólo étnico sino cultural: mezcla de “lo indígena con lo rural, lo rural con lo urbano, el folclore con lo popular y lo popular con lo masivo” (Jesús Martín Barbero, Ángel Rama), (4) la *filosofía* (entendida como una reflexión cognitiva no-idéntica, heterológica –otra lógica–), (5) la *etnografía* (el corte umbilical efectuado por la Conquista en relación a un pasado de 12.000 años, explorado por Subercaseaux), (6) la *familia chilena* (regida por un orden social disyuntivo –según Oyarzún– y conjuntivo –según Pilar Donoso–) y (7) el *análisis de sesgo psicoanalítico* de enunciaciones y figuraciones textuales entendidas como efecto del significante, así como de todas las reflexiones interdisciplinarias con saberes que abordan la realidad como construcción simbólica, resultante de los cruces entre cultura, estética, ideología, literatura, política y semióticas diversas (Eltit, Richard, Valdés). Es el caso de variadas reflexiones y estudios relevantes sobre cultura, ensayismo chileno e hispanoamericano, ideas, historia intelectual, identidades,

imaginarios, literatura y sujetos que hemos citado a lo largo de esta reflexión, así como de todos los que no conocemos todavía pero que este estudio nos exigirá ir conociendo.

BIBLIOGRAFÍA

- Achugar, Hugo. “Ensayo sobre la nación a comienzos del siglo XXI”. *Imaginarios de nación. Pensar en medio de la tormenta*. L.A. Soto Boutin (ed.). J. Martín-Barbero (Coordinador). Colombia: Ministerio de Cultura, 2001. 75-92.
- Adorno, Theodor. “El ensayo como forma”. *Notas de literatura*. Barcelona: Ariel, 1968. 11-36.
- _____. *Dialéctica negativa. La jerga de la autenticidad. Obra completa 6*. Ed. Rolf Tiedemann con la colaboración de Gretel Adorno, Susan Bech-Mors y Klauss Schultz. Trad. de Alfredo Brotons Muñoz. Madrid: AKAL, 2005.
- Agamben, Giorgio. “Tiempo operativo”. *El tiempo que resta. Comentario a la carta a los Romanos*. Trad. Antonio Piñero. Madrid: Editorial Trotta, 2006. 70-73.
- _____. “Grado cero”. *El tiempo que resta. Comentario a la carta a los Romanos*. Trad. Antonio Piñero. Madrid: Editorial Trotta, 2006. 102-104.
- Althusser, Louis. “Ideología y aparatos ideológicos de Estado [1970]”. *La filosofía como arma de la revolución*. Oscar L. Molina traduce “Ideología...” del francés. 6ª Ed. correg. y aumentada. Buenos Aires: Cuadernos de Pasado y Presente, 1974. 97-141.
- Bhabha, Homi. *El lugar de la cultura*. Trad. César Aira. Buenos Aires: Manantial, 2002.
- Barthes, Roland. *L’empire des signes*. Genève: Skira, 1970
- _____. *Roland Barthes par Roland Barthes*. Paris: Seuil, 1975.
- _____. *Sollers écrivain*. Paris: Seuil, 1979.
- Bauer, Arnold. *Chile y algo más. Estudios de historia latinoamericana*. Santiago: Instituto de Historia, PUC/ Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2004.
- Bengoa, José. *Historia social de la agricultura chilena*. Santiago: Sur, 1990.
- Benjamin, Walter. “La tarea del traductor”. *Ensayos escogidos*. Trad. de H.A. Murena. Buenos Aires: Sur, 1967. 77-88.
- Benveniste, Emil. “La nature des pronoms”. [1956]. *Problèmes de linguistique générale*. Paris: Gallimard, 1966. 251-257.
- _____. “Les relations de temps dans le verbe français”. [1959]. 237-250. *Op.cit.*
- _____. “La forme et le sens dans le langage”. [1967]. *Problèmes de linguistique générale II*. Paris: Gallimard, 1974. 215-238.
- _____. “Sémiologie de la langue” [1969]. 43-66. *Op. cit.*
- _____. “L’appareil formel de l’énonciation.” [1970] 79-88. *Op. cit.*
- Blest Gana, Alberto, “Literatura chilena. Algunas consideraciones sobre ella”. *Anales de la Universidad de Chile* (Enero 1861): 81-93.

- Bolaño, Roberto. *Entre paréntesis. Ensayos, artículos y discursos (1998-2003)*. Ed. Ignacio Echevarría. Barcelona: Anagrama, 2004.
- Bremond, Claude, “La lógica de los posibles narrativos”. En Roland Barthes y otros. *Análisis estructural del relato*. Trad. de Beatriz Dorrietz. Buenos Aires: Edit. Tiempo Contemporáneo, 1970. 87-109.
- Chemama, Roland y Bernard Vandermersch (Eds.). *Diccionario de Psicoanálisis*. Trad. y notas de T.P. Lecman e I. Agoff. Madrid: Amorrortu Eds., 2004.
- Contardo, Óscar. *Siútico. Arribismo, abajismo y vida social en Chile*. Santiago: Vergara, Grupo Z, 2008.
- Costa Lima, Luiz. “Literatura e Sociedade na América Hispânica (século XIX e começos do século XX).” *Sociedades e discurso ficcional*. Rio de Janeiro: Guanabara, 1986. 69-185.
- _____. “O Pai e o ‘Trickster’”. *Terra ignota. A construção de Os sertões*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira, 1997. 239-274.
- Culioli, Antoine. “Sur quelques contradictions en linguistique”. *Communications* 20 (1973): 83-91.
- Darmon, Marc, “Matema”. En Roland Chemama. *Diccionario de psicoanálisis*. 414-420.
- De la Parra, Marco Antonio. *La mala memoria. Historia personal de Chile contemporáneo*. Santiago: Planeta, 1997.
- Donoso, José. *El obsceno pájaro de la noche*. Barcelona: Seix-Barral, 1970.
- Donoso, Pilar. *Correr el tupido velo*. Santiago: Alfaguara, 2009.
- Edwards, Jorge. *El whisky de los poetas*. Santiago: Edit. Universitaria, 1994.
- _____. “El orden de las familias”. *Las máscaras*. Barcelona: Seix-Barral, 1967, 143-170.
- Edwards Bello, Joaquín. *Crónicas reunidas (I) 1921-1925*. Edición a cargo de Roberto Merino. Santiago, Chile: Eds. Universidad Diego Portales, 2008.
- _____. *Mitópolis*. Prólogo y entrevista de Alfonso Calderón. Santiago: Nascimento, 1973.
- _____. *Homo chilensis*. Selección y prólogo de Alfonso Calderón. Valparaíso: Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1983.
- Eltit, Diamela. *Emergencias. Escritos sobre literatura, arte y política*. Edición y prólogo de Leonidas Morales T. Santiago: Planeta/Ariel, 2000.
- Franz, Carlos. *La muralla enterrada. (Santiago, ciudad imaginaria)*. Santiago: Planeta, 2001.
- Godzich, Vlad. *Teoría literaria y crítica de la cultura*. Trad. de Josep-Vicent Gavaldà. Madrid: Cátedra, 1998.
- González Echevarría, Roberto. *La voz de los maestros. Escritura y autoridad en la literatura latinoamericana moderna*. Trad. R. González Echevarría. Madrid: Verbum, 2001.
- Guzmán, Jorge. *Diferencias latinoamericanas (Mistral, Carpentier, García Márquez, Puig)*. Santiago: Universidad de Chile, Ediciones Centro de Estudios Humanísticos, 1984.

- Hyppolite, Jean. "Commentaire parlé sur la 'Verneinung' de Freud". En Jacques Lacan. *Écrits*. Paris: Seuil, 1966. 879-887.
- Jocelyn-Holt, Alfredo. *El peso de la noche. Nuestra frágil fortaleza histórica*. Buenos Aires: Ariel, 1997.
- Kojève, Alexander. "A modo de introducción". *La dialéctica del amo y del esclavo en Hegel*. Buenos Aires: Ediciones Librerías Fausto, s.f. 9-36.
- Lacan, Jacques. *Le séminaire. Livre II. Le moi dans la théorie de Freud et dans la technique de la psychanalyse. 1954-1955*. Texte établi par Jacques-Alain Miller. Paris: Seuil, 1978.
- _____. *Le séminaire. Livre XI. Les quatre concepts fondamentaux de la psychanalyse*. Texte établie par Jacques Alain Miller. Paris: Seuil, 1973.
- Laclau, Ernesto y Chantal Mouffe. *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Versión española de E. Laclau. México: F.C.E., 1985.
- Lechner, Norbert. *Las sombras del mañana. La dimensión subjetiva de la política*. Santiago: LOM, 2002.
- Lefebvre, Alfredo. *Artículos de malas costumbres*. Santiago: Editorial Universitaria, 1961.
- Lévi-Strauss, Claude. "La structure des mythes". *Anthropologie structurale*. Paris: Librairie Plon, 1958. 227-255
- Loyola, Hernán. "Antinerudismo. De la envidia y sus alrededores". *Nerudiana* 7 (agosto 2009).
- Luckács, Georg. "On the Nature and Form of the Essay, A letter to Leo Popper". *Soul and Form*. Trad. Anna Bostock. Massachusetts: The MIT Press, 1974. 1-18.
- Melfi, Domingo. *Sin brújula*. 11-59. *Páginas escogidas*. Prólogo Alfonso Calderón; Comentario Mariano Picón-Salas. Ed. Pedro Pablo Zegers B. Santiago: DIBAM/ Centro de Investigación Diego Barros Arana, 1993.
- Mistral, Gabriela. *Materias. Prosa inédita*. Selec. y pról. Alfonso Calderón. Santiago, Chile: Edit. Universitaria, 1978.
- _____. *Recados: contando a Chile*. Selección, prólogo y notas de Alfonso M. Escudero. Santiago: Editorial del Pacífico, 1957.
- Molloy, Sylvia. *Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica*. Trad. José Esteban Calderón. Revisada y corregida por la autora con la asistencia de Jessica Chalmers y Ernesto Grosman. México: F.C.E., 1996.
- Montecino, Sonia. "El Mudito como alegoría del huacho en la novela *El obscuro pájaro de la noche* (1970) de José Donoso y algunas digresiones sobre el huacho de Arguedas". *Crisis, Apocalipsis y utopías*. En Rodrigo Cánovas y Roberto Hozven (Eds.) Santiago: Ocho Libros/ Pontificia Universidad Católica de Chile, 2000. 416-422.
- _____. *Madres y huachos. Alegorías del mestizaje chileno*. Prólogo de Roberto Hozven y Presentación de Guadalupe Santa Cruz. 4ª ed. ampliada y actualizada. Santiago: Catalonia, 2007.

- Morales T., Leonidas. "Prólogo. *El diario de Luis Oyarzún*". En Luis Oyarzún. *Diario íntimo. Op. cit.* 7-20.
- _____. "Luis Oyarzún: El diario íntimo como diario de viaje. Modernidad y cultura cotidiana chilena". *Anales de literatura chilena* 11 (junio 2009): 141-159.
- Oviedo, José Miguel. *Breve historia del ensayo hispanoamericano*. Madrid: Alianza, 1990.
- Oyarzún, Luis. "Notas sobre la literatura hispanoamericana". *Extremo Sur* 3 (junio 1956): 8-10. En *Taken for a Ride. Escritura de paso*. 46-49. Compil. y prólogo de Thomas Harris E., Daniela Schütte G., Pedro Pablo Zegers B. Santiago: RIL Eds., 2005.
- _____. *Temas de la cultura chilena* [Ensayos]. Santiago: Editorial Universitaria, 1967.
- _____. *Diario íntimo*. Edición póstuma y prólogo Leonidas Morales. Santiago: Universidad de Chile, Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas, 1995.
- Richard, Nelly. *Residuos y metáforas; ensayos de crítica cultural sobre el Chile de la Transición*. Santiago, Chile: Edit. Cuarto Propio, 1998.
- Salazar, Gabriel y Julio Pinto. *Historia contemporánea de Chile I. Estado, legitimidad, ciudadanía*. Con Arturo Mancilla y Carlos Durán. Santiago: LOM, 1999.
- Sarlo, Beatriz. "Ser argentino: ya nada será igual". *Imaginario de nación. Pensar en medio de la tormenta*. L.A. Soto Boutin (Ed.). J. Martín-Barbero (Coordinador). Colombia: Ministerio de Cultura, 2001. 47-53.
- Stabb, Martin S. *In Quest of Identity. Patterns in the Spanish American Essay of Ideas, 1890-1960*. Chapel Hill: The University of North Carolina Press, 1967.
- Subercaseaux, Benjamín. *Chile o una loca geografía*. Santiago: Edit. Ercilla, 1940.
- Subercaseaux, Bernardo. *Chile ¿un país moderno?* Santiago: Ediciones. B, 1996.
- Valdés, Adriana. "El 'Imbunche'". Estudio de un motivo en *El obscuro pájaro de la noche*. En Promis, José y otros. *José Donoso. La destrucción de un mundo*. Argentina: Fernando García Cambeiro, 1975. 127-160.
- Valdés, Hernán. *Fantasmas literarios. Una convocatoria*. Santiago: Aguilar, 2005.
- White, Hayden. "Introduction: Tropology, Discourse, and the Modes of Human Consciousness". *Tropics of Discourse. Essays in Cultural Criticism*. Maryland: The Johns Hopkins University Press, 1978. 1-25.
- _____. *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. Traducción de Stella Mastrangelo. México: F.C.E., 1992.
- Žižek, Slavoj. "Introducción. El espectro de la ideología". En S. Žižek (compilador). *Ideología. Un mapa de la cuestión*. Traducción de Cecilia Beltrame y otros [1994]. México: F.C.E., 2003. 7-42.